



tes instituciones: Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA), CIDHAL Mujer, Instituto de la Mujer Oaxaqueña y GIRE (Grupo de Información en Reproducción Elegida, A. C.).

El resultado del encuentro fue que se integró la red y formulamos el documento legal para realizar el trámite correspondiente. Cabe señalar que la comisión organizadora del encuentro estuvo integrada por CENDOC del Inmujeres; Biblioteca Rosario Castellanos del PUEG-UNAM; Unidad de Documentación del PIEM-Colmex; CENDOC de la maestría en estudios de la mujer UAM-Xochimilco; CENDOC del Colegio de Postgrados; CENDOC del CIDHAL; CENDOC de UNFPA y CENDOC de UNIFEM.

RUBÍ DE MARÍA GÓMEZ CAMPOS
**EL GRAN COCODRILO
PARADÓJICO O DE CÓMO
NOMBRARSE EN
FEMENINO**

Al maestro Leonel Godoy,
por su sabia e implacable ironía

En la aurora de este tercer milenio, el ascenso visible de las mujeres nos permite reconocer al ser humano en una nueva figura que se multiplica socialmente en las faenas diarias y el quehacer cotidiano de hombres y de mujeres que se acercan y alejan. Nadie puede negar que las mujeres han conquistado espacios sociales otrora inaccesibles. Ello ha significado un beneficio humano que nadie negaría. Los seres humanos se han acercado progresivamente a un destino común, igualitario, cuyo equilibrio es distante todavía de un ideal de armonía.

Las responsables innegables de esta nueva figura que ha adquirido el mun-



do son las vilipendiadas feministas. Una de sus múltiples luchas se centra en el tema complejo y controvertido del lenguaje. En uno de sus esfuerzos más visibles, las feministas se han concentrado en lograr lo que llaman la “visibilización de las mujeres a través del lenguaje”. El proceso consiste en eliminar el androcentrismo del lenguaje; es decir, en señalar la falta de coherencia de un mundo que se presume como humano y, simultáneamente, le niega existencia gramatical, discursiva y, por tanto, simbólica a la mitad de sus integrantes: las mujeres.

Durante mucho tiempo las feministas remarcaban (a veces con interrupciones groseras a mitad de un discurso dictado ante puras mujeres) el uso indefinido e impropio de un “nosotros” que imperceptiblemente nos negaba. No era la expresión, como piensan algunos, sólo de un uso neutro, sintético o abstracto del lenguaje; era, según las feministas, un uso masculinizante que marcaba la mane-

ra en que las mujeres mismas se perciben a sí mismas como inexistentes y difusas. El uso frecuente de nombrarse a sí misma en masculino es, además, una ruptura semántica y error de concordancia: no es “*la* abogado” sino “*la* abogada”, no somos “*uno* mismo” ni “nosotros” sino “*una* misma” y “nosotras” cuando nos referimos a las de nuestro mismo sexo.

Quienes sostienen defender la gramática no lo habían percibido porque siguen pensando que la neutralidad los representa; que los seres humanos no somos ni hombres ni mujeres, sino sólo abstracciones. Pero, por el contrario, es por medio del lenguaje por lo que hombres y mujeres percibimos el mundo y lo expresamos. La manera en que nos designamos a otros y a nosotras mismas es para las feministas tan relevante como la manera en que los otros nos tratan y perciben. Por eso durante mucho tiempo a nadie le resultaba extraño, antes de estas demandas en torno del lenguaje, escuchar en



la calle, ante el paso de un grupo de cuatro o cinco mujeres, que un hombre solo les dijera: “¿por qué tan solitas, mamacitas?”. Recordándoles así que sólo la presencia de un hombre es “compañía” y, por ende, ellos nunca están solos.

Recientemente leía una réplica a todo este asunto del lenguaje en una de las revistas que expresan el sentir de algunos de los intelectuales más lúcidos de nuestro tiempo, *Letras Libres*. El autor del artículo, Enrique Serna, parte del argumento de que “Cualquier revolución victoriosa en el campo de las ideas o de las costumbres tiene que elegir entre dos caminos: asumir la victoria y ejercer el poder con responsabilidad o tratar de suprimir a la facción derrotada, con el argumento de que su existencia pone en peligro las conquistas del movimiento”.

Asumiendo, por tanto, que el feminismo ha triunfado, utiliza la referencia al lenguaje para demostrar que “Las feministas y los ideólogos de la hete-

rodoxia sexual no se han conformado con predominar: quieren el poder absoluto”. Y continúa diciendo que en Estados Unidos

se ha vuelto casi obligatorio escribir *he or she* en todos los oficios, cartas y documentos que circulan en las oficinas públicas y privadas cuando el sujeto de la oración es indeterminado. Para curarse en salud [añade], algunos profesionistas optan por feminizar todos los sujetos neutros, sobre todo cuando se dirigen a una mujer [pero, entonces no son neutros, podríamos decir]. Se ha consumado así la igualdad gramatical entre los sexos, a costa de la economía lingüística. El inglés ahora [dice] es menos flexible, y quizá el español mexicano corra la misma suerte si el presidente Fox impone la moda de pluralizar en masculino y en femenino, como si el don de síntesis que la lengua tardó mil años en adquirir fuera una obsoleta herencia machista





[como, efectivamente, creen las feministas]. Las líderes del feminismo no necesitan maltratar el inglés para defender sus conquistas, pues nadie se opone a ellas [salvo a ésta, podríamos añadir ahora que lo leemos a él]. ¿Qué han ganado entonces con esa quisquillosa reforma verbal?

No quiero minimizar un problema relevante que el autor del artículo ha señalado aquí. El tema de la economía del lenguaje. Es cierto que resulta mucho más fatigoso y abigarrado un texto que esté marcando siempre la dualidad sexual (ejemplo: chiquillas y chiquillos; todas y todos; nosotras y nosotros, etc.). Pero también es cierto (y ésta es la respuesta a la última pregunta que Serna formula) que antes las niñas desde pequeñas se acostumbraban a desaparecer del lenguaje misteriosamente —en referencia a lo que los adultos conocemos como el “día del niño”, por ejemplo— y con ello mermaba el propio reconocimiento simbólico de su ser.

Algunas, las más agudas, llegaban a percatarse de tan injusta situación. Ante la percepción clara de estos y otros privilegios lingüísticos, su sensatez infantil les llevaba a preguntar “¿y cuándo es el día de la niña?” Ellas supieron claramente, cuando las costumbres y el reconocimiento social comenzaron a darles un lugar, que no es lo mismo ser y decirse “niño”, que ser “niña” y no poderlo decir.

El efecto posterior no se puede ocultar. La verdad es que a veces resulta difícil para las mujeres mismas nombrarse en femenino. Tal vez no lo sea tanto cuando se exige que se diga “abogada” y no “abogado”, “arquitecta” y no “arquitecto”, “doctora” y no “doctor”, con el fin de no masculinizar las profesiones. Pero qué tal cuando, como en mi caso, tenía que designarme: Profesora-investigadora asociada “B” de tiempo completo, en lugar del ya de por sí también abigarrado Profesor-investigador asociado “B” de tiempo completo.



O bien, otro problema más profundo y significativo que el de la economía del lenguaje: cuando las mujeres se dedican a la poesía, existen las que quieren ser llamadas poetas en un afán de no ser excluidas (devaluadas o descalificadas en tanto mujeres) de la literatura, a través de la feminización lingüística de su práctica. Otras, en cambio, no quieren ser llamadas poetas porque prefieren reafirmar su condición de mujer (mediante el término feminizante de poetisas) en el campo literario. La especificación del género gramatical conlleva, pues, significados de vida diversos y no es tan simple como añadir una “a”.

Todos estos ejemplos muestran que el tema del lenguaje es un problema teórico real cuya solución nos enriquecerá, y no un afán de castrar peligrosamente amenazador, como cree Enrique Serna: “En su afán por cortar de raíz el machismo, las tijeras feministas se aprestan a cercenar nuestros más vulnerables defectos de fábrica”.

Lo que las feministas se plantean es efectivamente “extirpar hasta el último vestigio de la cultura patriarcal y machista”, que no deja de expresar ni logra superar su propia intolerancia.

Para demostrar lo anterior quiero citar a una feminista española que se llama Susana Mataix. Preocupada por el sexismo institucional que se escuda en los privilegios masculinos percibidos como norma natural y neutral de muchos hombres, Susana acredita el machismo de los integrantes de la Real Academia de la Lengua Española sin pérdida del humor. Este saludable e irónico enfoque nos permite prever en qué desatinos puede derivar la rabia por algunos privilegios desaparecidos, así como el temor de los intelectuales misóginos que siguen empeñados en mantener una lucha de sexos y afirmar su virilidad a través del lenguaje:

Carta a Eulalia Pérez Cedeño

(Eulalia Pérez Cedeño es una reconocida catedrática de lógica y filosofía de



la ciencia de la Universidad del País Vasco en España).

Querida Eulalia: Te envío unos comentarios a la nueva edición del diccionario de la RAE porque creo que la nueva edición marca un paso atrás. (Si miras el término pareja, veras que remite a parejo???) Yo creo que alguien versado en (i)lógica y filosofía del lenguaje podría analizar por qué los académicos han querido afirmar su virilidad con tanto despropósito.

Un abrazo, Susana.

Los paradojos de la RAE

En la vigésima segunda edición del diccionario de la RAE, los "prestigiosos académicos" se ensañan con las reivindicaciones feministas después de pavonearse de su liberalidad al incluir numerosos términos extranjeros. Efectivamente aparecen baby-sitter y quiche como términos aceptables y aceptados. Así ya pueden alardear de apertura de espíritu. Lo que ni remotamente están dis-

puestos es a permitir que los derechos de igualdad les invadan y los adjetivos femeninos pasen por delante de los masculinos por razones de orden alfabético. Nosotras hemos aceptado que no nos cedan el paso en el ascensor, pero si por suerte, o por desgracia, la vocal a va ortográficamente delante de la o, tan útil para describir lo masculino, la Academia en justa compensación debía reconsiderar su postura y explicar guapa(o) en lugar de esperar al guapo de turno para hallar su significado.

En aras al equilibrio sociológico no pedimos que señora, pase delante de señor, o bailarina de bailarín, ni la andaluz del andaluz, porque la carencia de una vocal otorga prioridad, pero un cierto sentido del equilibrio reclamaba esas pequeñas modificaciones que situarían a los adjetivos según un orden asexuado y exento de prejuicios pasados. La última edición del diccionario, no sólo no acepta las reivindicaciones de género sino que encima se ensaña e instaura un nuevo orden donde el género femenino se





pospone, se doblega y se subordina con alevosía ante lo masculino.

Basta con mirar al azar una palabra, muy corriente, donde el género juega un papel escaso, parada, y se advierte que remiten a parado(a). La versión del 92 era magnánima y ponía parada, sustantivo y unos cuantos términos más abajo, parado(a), adjetivo. En la edición actual, para comprender lo que significa una inocua parada, debe uno enterarse previamente que eso es lo que se dice del varón que tiene el pene erecto. Y sólo cuando se llega a la novena acepción, uno se entera de que es el lugar o sitio donde se para. La inconsistencia de la Academia no acaba ahí, porque en la página siguiente han decidido suprimir la explicación del término paradoja y han puesto: vease paradojo(a). ¿Quiénes serán esos paradojos o figuras de pensamiento quienes, a tenor de sus explicaciones, emplean expresiones o frases que envuelven contradicción?

Aunque no todos son desgracias, porque no es que estén en contra del es-

píritu lógico de las matemáticas ya que no se ha permitido masculinizar las conjeturas, quizá porque eso de juzgar por indicios y observaciones lo consideren propio de mujeres. Para la Academia se trata de un problema de sexos, donde la pareja debe supeditarse al parejo. Sí, aunque parezca absurdo, la palabra pareja remite a un extraño masculino, parejo. Y para saber lo que es una cartera es necesario acudir al cartero. O para comprender de una mirada hay que ser primero muy mirado. El desatino de organización de los términos femeninos es tal que las explicaciones iniciales son incomprensibles y los criterios se confunden y se alteran. La vigésima segunda edición de la RAE es un monumento a la ilógica. Lo único que consuela es que se han reprimido y no han considerado que esos bellos y maravillosos que circulan por ahí deban figurar en el diccionario, para evitar que una belleza o maravilla se les anticipe.



El texto y su ingenio son elocuentes. Nos permiten ver, una vez más, la manera en que los problemas teóricos del lenguaje y la relación intersexual se cruzan para producir nuevas formas de insano desencuentro sexual. Pero probablemente es a partir de este desencuentro como podemos ubicar la importancia y el valor de la poesía rebelde y amorosa de Efraín Huerta (1914-1982). El uso poético e irreverente, casi sacrílego de su lenguaje nos permite evocar, según se vislumbra en la calidad, creatividad, humor, ingenio, profundidad y ruptura de este artista, la única solución a la disyuntiva trágica para el lenguaje que los habitantes del mundo intelectual nos señalan.

La inicua opción de un lenguaje sintético y androcéntrico, misógino aunque supuestamente neutral, frente a otro profuso y redundante, aunque más justo y más real, podría resolverse si lográramos expresarnos con el ingenio que la poesía de Efraín Huerta pone a andar. La solución al problema

del androcentrismo lingüístico es la creatividad, y los múltiples recursos del español que nos permiten hablar de: *personas* o de *seres humanos*, en lugar de: *hombres y mujeres*; o decir: “derechos de la *infancia*”, en vez de: “los derechos de los *niños* y de las *niñas*”; o bien: docentes, en vez de: *profesores* y *profesoras*. No es que esta nueva invención de nosotras y nosotros mismos sea fácil de realizar, pero los hombres y las mujeres tendremos que aprender que la creatividad es la única forma de superarnos a nosotros mismos.

Construir un lenguaje verdaderamente neutro e incluyente nos obliga a enfrentar y resolver paradojas (¿o paradojos?), y en esto Efraín Huerta es un maestro. En el poema titulado “Esa sangre”, Huerta nos permite encontrar *la sangre de España en nuestro propio dolor*. Su lenguaje poético logra sintetizar aquí sentimientos y significados paradójicos, como el horror y el amor... Consigue hacer lo mismo en el poema



titulado “Declaración de odio”, que es paradójicamente un canto de amor, de humanidad, de fe... en el que logra conciliar *el alba en la fatiga de la ciudad*. Pero su capacidad para resolver “paradojos” se expresa magistralmente cuando nos devela la ternura en “La muchacha ebria”, y nos permite escuchar su canto desgarrado de amor... Ineludible es, en este punto, llegar al lugar común de sus poemínimos: Cantos de ingenio, sabiduría y placer...

Tótem

Siempre
amé
con la
furia
silenciosa
de un
cocodrilo
aletargado.

Candoroso testamento

Ahora
me
cumplen
o
me
dejan
como
estatua.

Pequeño Larousse

“Nació
en Silao.
1914.
Autor
de versos
de contenido
social”.
Embustero
Larousse.
Yo sólo
escribo
versos
de contenido
sexual.



Probablemente muy pocas personas llegarán jamás a escribir, expresarse y expresar lo que quieren decir con la maestría con la que lo hace Efraín Huerta; sin embargo, tenemos mucho que aprender de él. Ante la difícil encrucijada teórica que nos plantea la situación actual frente al lenguaje, y en el contexto de una guerra de sexos que a pesar de los esfuerzos de las feministas no se ha logrado conjurar, el lenguaje sigue siendo el único camino de aprehensión y expresión no de los hombres o de las mujeres, sino de un mundo que es de los dos.

Hoy tenemos que volver a aprender lo elemental. Aprender a decir, a decirnos a nosotros y a nosotras mismas, seres humanos del siglo XXI, seres *iguales y diferentes* del tercer milenio. Estamos obligados a encontrar esas formas inéditas de designación que no

cancelen las formas, aunque aporéticas, de humanidad dual... Tendremos que esforzarnos, pues, y hacerlo gozosa y vigorosamente, ya que los cambios y las mejoras no son fáciles ni ocurren de manera espontánea. Si queremos hacer del lenguaje un medio efectivo y justo de comunicación social, es necesario usarlo con un esfuerzo de creatividad, vitalidad, alegría y buen humor.

Las transformaciones que se propusieran las feministas exigen la voluntad de todas las personas, y la utopía es tan fabulosa que, para realizarla, tenemos que recordar lo que dijera el Gran cocodrilo en uno de sus más famosos poemínimos: "El que quiera azul celeste, que se acueste...".

Así pues, vayamos a crear, con el lenguaje, formas inéditas de comunicación intersexual...